

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa

Lit. de J. Donon.

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE JAEN

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Ocupa el coro desde el segundo pilar de la nave mayor hasta el crucero, más allá del cual se estiende entre cuatro grupos de columnas el espacioso presbiterio. Ancho este, despejado, elevado sobre un atrio de tres piés de altura que forman cinco gradas de mármol, y cubierto por una bóveda riquísima, es sin duda una de las mas bellas partes de la catedral. Es cuadrado, y los cuatro pilares que lo sostienen, puestos en los ángulos, no impiden, de ninguna parte que se mire, la vista del tabernáculo, sentado en medio sobre un altar de jaspe. Cuatro ángeles apoyados en el pedestal de los mismos pilares sostienen otras tantas lámparas de plata; y es tanta la sencillez que se descubre en todo, tanta la oportunidad con que está colocado cada objeto, tan parca y de tan buen gusto la distribucion de los adornos, que allí es donde con mas placer concentra uno sus miradas, allí es donde siente mejor latir su corazon y llenársele de rubor y de respeto el rostro. El presbiterio es grande, el tabernáculo á proporcion pequeño, rico y sencillo; y aunque no impone este como los de los templos góticos rodeados de apiñados haces de columnas, cubiertos de bóvedas oscuras y alumbrados por la opaca luz que baja de altos ventanages modificada por cristales de colores, agita cuando menos nuestro espíritu y lo depura de todo pensamiento profano que lo manche ó lo oscurezca. No doblaremos la rodilla ante él con temor, pero nos sentiremos movidos á orar; y al ver subir el incienso desde el pié de los altares, creeremos como David que con el incienso han de elevarse al trono de Dios nuestras plegarias. Hay verdadero sentimiento en este presbiterio: se ve que el autor al concebirlo estaba poseido de las mas puras ideas del cristianismo; y es indudable que el sentimiento del artista se comunica á todos los que van á admirar sus obras (*).

No gozan desgraciadamente de esta cualidad las capillas abiertas en las naves laterales, cuyos retablos, que se levantan bajo sus bóvedas de cañon seguido, presentan tanta confusion de líneas y revelan tan mal gusto, que apenas se puede detener la vista sino en algunos cuadros que las embellecen. La misma capilla mayor, situada detras del tabernáculo, aunque mas alta y decorada con mas riqueza, no llega siquiera á llamar la atencion del que recorre el templo en busca de

(*) Véase la lámina «catedral de Jaen, vista de detras del tabernáculo.»

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

bellezas. No llama la atencion sino del que conoce las tradiciones vinculadas en su retablo, y aun este al entrar en ella no puede menos de sentir un estremecimiento involuntario al ver tan poca armonía entre el arte y la santidad de los recuerdos. Hay sobre el altar una caja en cuyo frente está pintada una cara del Salvador sostenida por dos ángeles, y es en esta urna sagrada donde, segun tradiciones muy antiguas y la fé de los Jaeneses, se guarda uno de los Santos Rostros que quedaron impresos en el lienzo con que la Verónica enjugó el sudor de Jesucristo en el camino del Calvario. Se manifiesta á los fieles esta reliquia tres veces al año, y en los labios del pueblo vagan aun sobre su adquisicion leyendas cuyo carácter nos impide continuarlas por oponerse á la gravedad y severidad de esta obra (1). Imá-

(1) Creemos oportuno publicar cuando menos una de estas raras y originales tradiciones. Nos la refirieron en el camino de Jaen á Baeza, y procuraremos presentarla con toda la sencillez con que brotó de los labios de nuestro narrador, jóven ingénuo y lleno de fé que parecia creer cándidamente cuanto iba refiriendo.—Y ¿en qué época se cree que vino á Jaen esa milagrosa cara de Dios? preguntamos á nuestro hombre.—En tiempo de S. Eufrasio, contestó. Hubo entonces un Papa que se dejó prender de amores por una niña traviesa y juguetona que andaba al rededor de su palacio; y hubiera caido el buen Papa en pecado á no ser por nuestro obispo, porque era la muger el diablo y le tenia armada muy bien la zancadilla.—¿Estaba S. Eufrasio en Roma?—No, sino en Jaen; pero tenia el santo obispo en una redoma tres diablillos; y como supiese una noche por ellos que ya estaba puesta la mesa en que el Papa iba á cenar con sus amores, partió en volandas para Roma, donde pudo aun conjurar á Satanás y librar al Papa de sus manos.—¿Y llegó á Roma la misma noche?—La misma noche. Preguntó S. Eufrasio á uno de los tres espíritus que como cuánto de tiempo pedia para llevarle á Roma, y contestó el diablo que hora y media: repitió la pregunta á otro, y contestóle que una hora: repitió lo pregunta al tercero, y contestó: dentro de media hora llamarás á la puerta de la casa de S. Pedro, si en recompensa prometes darme todos los dias las sobras de tu almuerzo: ¿prometes?—¿Y se lo prometió el Santo?—Prometo, dijo; y alzóse luego el diablo, que era por mas señas cojo, y ya estan en Roma, para que vea su mercé si han hecho pronto el viaje.—Ligeros han andado.—Llamó S. Eufrasio á la puerta del palacio del Papa, y como le preguntasen quién era, «abre á Eufrasio» dijo; á lo cual el Papa esclamó: pues ¿cómo ha de ser Eufrasio, si está el buen obispo en Jaen? Mas en esto S. Eufrasio entraba ya en la sala; y viendo al Papa cenando mano á mano con la muger de rara hermosura de que le habian hablado los diablillos, vuelto de cara á la taimada, le echó tantas bendiciones, que no pudiendo ella ya mas sufrirlas, se hundió con grande estrépito en el suelo, llevando tras si al infierno la mesa en que pensaba poder arrastrar al mismo vicario de Jesucristo.—¿No cayó el Papa con ella?—Quedó el Papa como quien ve visiones; mas vuelto luego de su estupor, abrazó tan tiernamente á S. Eufrasio, y derramó sobre él tantas y tan sentidas lágrimas, que daba pesar no solo verle, sino oirle. Ni sabia cómo recompensar ni cómo agradecer tan gran servicio; pero S. Eufrasio nada pidió en cambio sino esa cara de Dios que guarda Jaen como su primer tesoro. Dióle el Papa dos; mas S. Eufrasio perdió una en una tempestad deshecha que le asaltó en la mar precisamente al volver de Roma, y es esta la única que existe en el mundo despues de la de la iglesia de S. Pedro.—Pues y al diablillo ¿le cumplió S. Eufrasio la palabra?—Vaya si se la cumplió. Almorzaba el santo nueces, y se las rompia en la cabeza dejándole las cáscaras, y diciéndole: «ahí van las sobras.» Es esta, como se ve, una tradicion disparatadísima; pero su misma rareza nos ha movido á consignarla.

gen tan venerable y sobre la que descansa la fé de tantos siglos, ¿no era á la verdad merecedora de un altar en que brillase mas el genio artístico? Consérvase, ademas, sobre esta urna una Vírgen llamada la Antigua, que, segun otra tradicion, llevó S. Fernando en sus brillantes espediciones y regaló á Jaen despues de haberlo conquistado: ¿no es lástima que esté confundida entre otras imágenes de mal gusto, faltas de belleza y de recuerdos?

La sacristía, la sala capitular, el sagrario son tambien obras notables por su grandiosidad y su lujo, pero no por su belleza. Faltas casi todas de carácter, no presentan sino cuerpos arquitectónicos ejecutados con mas ó menos acierto, que lo mismo pueden tener cabida en estos salones que en los consagrados á los placeres de la sociedad profana. Nada dicen al corazon, nada á la fantasía, y nadie siente en su interior el menor recogimiento religioso. El mismo sagrario, esa parte del templo que mas ha de mover al cristiano á la concentracion del espíritu y á la plegaria, carece del todo de sentimiento, y es frio para el alma como para los sentidos los mármoles de que está adornado. Tiene la forma de una elipse, y está sostenido por ocho pilares, á los que estan adosadas dos columnas corintias; el pavimento es de mármol como el de todo el templo, la bóveda artesonada, las cuatro capillas que hay abiertas entre los pilares decoradas con lujo y corridas en la parte superior de una barandilla de balaustres; bajan por todas partes torrentes de luz vivísima; todo brilla, todo chispea á los ojos del que allí penetra: ¿y es esto propio del lugar en que va el pecador á doblar la rodilla para reconciliarse é identificarse con su Dios?

El primer artista que concibió el proyecto de esta catedral pudo estar animado de un verdadero sentimiento religioso, pero no los que continuaron ni concluyeron su obra. Aquel, aunque sujeto por las frias reglas del arte greco-romano, supo luchar con ellas y comunicar al templo vida, belleza moral, carácter; pero estos, mas artífices que artistas, siguieron servilmente aquellas reglas, y al parecer ni pensaron siquiera en animar ni en dar colorido al monumento que confiaron á sus manos. Artistas todos de diversas épocas, no podia por otra parte cada uno dejar de obedecer al gusto de su siglo; y esto

Créese generalmente que trajo de Roma esta reliquia D. Nicolás de Biedma, obispo de esta diócesis, que la obtuvo del Papa Gregorio XI en 1376.

PC Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

debia naturalmente hacer presentar al templo compuesto de elementos hetereogéneos, dotado de grandes bellezas y afeado por mayores defectos, revestido de carácter en el conjunto, y falto de carácter en los mas de sus detalles.

Empezóse esta catedral en el año 1500 cuando ocupaba la silla episcopal de Jaen D. Alonso Suarez de la Fuente el Sauce (1), y es facil concebir que se la construyese aun segun el gusto ojival, cuya influencia duró en España hasta mediados de aquel siglo. El arquitecto que echó los cimientos de la capilla mayor por orden de D. Alonso no podria dejar de recordar las formas del templo antiguo derribado ocho años antes y levantado en 1368 por el obispo D. Nicolás de Biedma; y al edificar los muros del ábside, no se satisfizo con templar su desnudez con simples molduras; los revistió de cintas y de follages, y los coronó con agujas de crestería que aun hoy levantan su oscura cúspide entre las excrescencias de la catedral moderna. No se

(1) Los obispos de Jaen y Baeza que ha habido desde S. Fernando acá son los siguientes: Del 1249 al 1250, D. Pedro Martinez; hasta el 1276, D. Pascual; hasta el 1283, D. Martin Dominguez; hasta el 1285, D. Juan; hasta el 1286, D. Juan el II; hasta el 1287, sede vacante; hasta el 1289, D. Juan el III; hasta el 1297, sede vacante; hasta el 1301, D. Pedro el Mártir; hasta el 1317, D. García Perez; hasta el 1323, D. Gutierre Tellez; hasta el 1331, D. Fernando Martinez Agreda; en el mismo 1331, D. Juan el IV; hasta 1334, D. Fernando el II; hasta 1357, D. Juan de Loria el V; hasta 1360, D. Juan el VI; hasta el 1368, D. Andrés; en el mismo 1368, D. Alonso Pecha; hasta el 1378, D. Nicolás de Biedma; hasta el 1382, D. Juan de Castro; hasta el 1383, el mismo Biedma citado, que habia sido promovido al obispado de Cuenca; hasta el 1423, D. Rodrigo Fernandez de Narvaez; hasta el 1456, D. Gonzalo de Zúñiga ó Estúñiga; hasta el 1457, D. Fr. Jaime de Tahuste; hasta el 1474, D. Alonso Vazquez de Acuña; hasta el 1476, sede vacante; hasta el 1483, D. Iñigo Manrique; hasta el 1497, D. Luis Osorio; hasta el 1500, D. Fr. Diego Deza; hasta el 1522, D. Alonso Suarez de la Fuente el Sauce; hasta el 1523, D. Fr. Diego Gayangos; hasta el 1538, D. Esteban Gabriel Merino; hasta el 1545, D. Francisco de Mendoza; hasta el 1555, D. Pedro Pacheco; hasta el 1560, D. Pedro Tavera; en el mismo 1560, D. Fr. Francisco Benavides; hasta el 1566, D. Diego de los Covos; hasta el 1577, D. Francisco Delgado; hasta el 1580, D. Diego Deza, segundo de este nombre y apellido; hasta el 1596, D. Francisco Sarmiento; hasta el 1600, D. Bernardo Sandoval y Rojas; hasta el 1615, D. Sancho Dávila y Toledo; hasta el 1619, D. Francisco Martinez Geniceros; hasta 1647, D. Baltasar Moscoso y Sandoval; hasta 1648, D. Juan Queipo de Llano; hasta 1664, D. Fernando Andrade y Castro; hasta 1668, D. Antonio de Pina Hermosa; hasta 1671, D. Fr. Gerónimo Rodriguez de Valderas; hasta 1682, D. Antonio Fernandez del Campo; hasta 1693, D. Fr. Juan Asensio; hasta 1708, D. Antonio Brizuela; hasta 1714, D. Benito Omaña; hasta 1732, D. Rodrigo Marin y Rubio; hasta 1738, D. Manuel Orosco Manrique; hasta 1747, D. Andrés Cabrejas; hasta 1750, D. Francisco del Castillo; hasta 1770, D. Fr. Benito Marin; hasta 1780, D. Antonio Gomez de la Torre; hasta 1785, D. Agustin Rubin de Ceballos; hasta 1796, D. Pedro Rubio Benedicto; hasta 1816, D. Fr. Diego Melo; hasta 1832, D. Andrés Esteban; hasta 1837, D. Diego Martinez Carlon; hasta el 1847, D. Antonio Martinez de Velasco; del 1847 acá, D. José Escolano, que sigue gobernando la diócesis. Véase lo que sobre este obispado y el de Baeza decimos mas abajo en una nota.

JUNTA DE ANDALUCIA · Consejería de Cultura y Generalife

pensó en proseguir la obra de Suarez hasta el 1532, en que ya dominaba el renacimiento sobre el destronado estilo gótico; y no se quiso ya ni se pudo tomar en consideracion el gusto de la fábrica empezada, gusto que no temian calificar á la sazon de bárbaro. Pedro de Valdelvira, uno de los mejores arquitectos de su época, trazó un proyecto del todo independiente, y apuró como los artistas de Italia su ingenio en combinar é identificar las antiguas formas greco-romanas con las necesidades morales y materiales de la religion cristiana. No pudo ejecutarlo por sí mismo; pero tuvo cuando menos la fortuna de encontrar un fiel intérprete de sus pensamientos en Andrés de Valdelvira, su hijo, que continuó la obra hasta el 1579, en que murió dejando vinculado su nombre en la calle donde vivió y en la iglesia de S. Ildefonso, que guarda aun sus cenizas. Dejó Andrés de Valdelvira concluido todo el lado izquierdo de la iglesia con la sala capitular y la sacristía, donde no se logró imprimir el sentimiento religioso que en el templo. Reveló buen gusto artístico; mas despues de él y de su discípulo Alonso de Barba, que dirigió la obra por algunos años, no se pudo continuar tan vasto monumento hasta el 1634, época en que Juan de Aranda y luego Pedro del Portillo trabajaron con tanto ahinco, que en 20 de Octubre de 1660 pudo ya celebrarse la dedicacion del templo. Continuaron aun estos la obra acomodándose al gusto de sus antecesores; mas ¿qué podia esperarse de los artistas que pusieran en ella la mano á fines del siglo XVII, cuando no solo las artes, sino tambien la literatura y hasta la monarquía estaban en España en una espantosa decadencia? La fachada y las torres fueron concluidas en este período de abatimiento, y no es estraño que aparezcan llenas de defectos, cubiertas de adornos de mal gusto. Cuando se construyó el sagrario, estaba ya en parte levantada la arquitectura del abismo en que la habian hundido los tristes acontecimientos del último monarca de la dinastía austriaca. Mas á pesar de esta circunstancia, á pesar de haberla trazado y dirigido la obra un arquitecto tan eminente como lo fué D. Ventura Rodriguez á fines del último siglo, no puede el sagrario sufrir con el interior de la catedral ni el mas remoto paralelo. Lo hemos dicho ya, podrá tener belleza, pero no sentimiento: es un cuerpo sin alma (1).

(1) Se habrá observado que, contra nuestra costumbre, no hemos hecho referen-

JUNTA DE ANDALUCIA
BC Memoriademadrid.es Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Quedan aun en esta ciudad otros templos, pero modernos, frios, faltos de toda belleza artística, de todo pensamiento filosófico, de todo sentimiento místico y cristiano. Para ver monumentos que hablen algo al corazon, es preciso ya abandonar Jaen y dirigirse á las ciudades de Baeza y Úbeda, cuyas iglesias, ensombrecidas por los siglos, reflejan aun la mano de S. Fernando y quizás la del emperador Alfonso. El camino que á ellas conduce es árido, triste, monótono: campos silenciosos é incultos se estienden al uno y al otro lado de una senda desigual abierta mas por las huellas que por el azadon del hombre; y ni un árbol, ni un solo álamo presta su sombra al viajero, ni en las mismas orillas del Guadalquivir, cuyas claras y transparentes aguas pasan á corta distancia de Baeza, bajo un puente del siglo XV que acaba de comunicar gravedad y hasta melancolía al con-

cia en todo lo relativo á Jaen á ningun documento original de los que tal vez guardan con abundancia los archivos de tan antigua ciudad. Débese esto, y sentimos mucho decirlo, á las dificultades que opusieron de continuo á nuestros deseos de ver sus archivos respectivos tanto el cabildo de la catedral como el señor alcalde corregidor, á quien no bastó ni una real orden, de que casi nunca debemos hacer uso, para que nos facilitara en los dias que pudimos estar en Jaen lo que nos han facilitado voluntariamente y con el mayor placer el ayuntamiento de Baeza, á cuyo regidor D. Alonso Molinero no podemos menos de manifestar nuestro mas sincero agradecimiento; el de Ubeda, que nos permitió examinar los documentos de su archivo hasta por la noche; el de Granada, cuyo archivero el Sr. Vilches nos manifestó con un interés que nunca olvidaremos cuanto podia contribuir á dar luz á nuestras investigaciones históricas; el de Málaga, cuyo corregidor satisfizo nuestros deseos en el momento mismo en que se los insinuamos; el de Almería, cuyo alcalde D. Joaquin Gomez Barragan llegó á considerar como un favor que examináramos los pergaminos que tenia; el cabildo catedral de esta misma ciudad, cuyo arcediano D. Francisco de Paula Gomez hasta tuvo la deferencia de ayudarnos á copiar los manuscritos que creimos interesantes para esta obra; el cabildo de Málaga, que no omitió mostrarnos ni aun los mas importantes documentos; la comunidad de la capilla real de Granada, cuyos bien conservados pergaminos nos mostró uno á uno el archivero D. Fernando Gonzalez, capellan de celo y de muchos conocimientos; el contador de la Alhambra D. Laureano García y el distinguido jóven de Guadix D. Francisco Torres Lopez, que nos franqueó los documentos que tiene recogidos para su historia inédita de Guadix y Baza. En Jaen no encontramos un ausilio eficaz ni aun en los particulares: solo en el presbítero D. Juan Maldonado encontramos el celo y el amor á las bellezas del pais que tan abiertamente nos manifestaron en Baeza el ya citado D. Agustin Alonso Molinero y el escribano D. Andrés Moreno, sugeto de una constancia infatigable para recoger aun las mas insignificantes noticias relativas á la historia de su patria; en Granada el Sr. García, presbítero, D. José María Zamora, D. Manuel Fernandez, el Sr. Salvador de Salvador y otras muchas personas cuyo nombre no recordamos; en Málaga el tan cortés como entusiasta jóven D. José Moya; en Almería el activo D. Carlos Fornovi, que no enseñaria con mas gusto ni hablaria con mas entusiasmo de los monumentos de su patria que de las murallas árabes y el alcázar de la ciudad que le ha adoptado. Tenemos, como llevamos dicho, un sentimiento en decir lo que decimos de Jaen; pero quede compensado por el placer que nos cabe al consignar los nombres de tantos como se han prestado á secundar nuestros esfuerzos.

junto del paisage. Descúbrese á largo trecho uno que otro cortijo; pero tan aislado y tan falto de animacion, que mas parece sepulcro que morada de vivientes. Llano en general el terreno, y cerrado solo á lo lejos por lomas y cerros cubiertos de verdura, dilátase á cada paso el horizonte, y todo se presenta no solo desconsolador, sino hasta peligroso al caminante, que apenas se atreve á estender sus miradas mas que para examinar con cierto temor si en la dilatada llanura ve brillar sobre la silla de un caballo la carabina del bandido. El lejano ladrido del perro y los sencillos cantos del arriero, acompañados tal vez por el pesado esquilon de sus caballerías, son los únicos acentos que interrumpen el silencio del espacio; y si levanta de vez en cuando la voz el guia, es solo para escitar la imaginacion y llenar el ánimo de presentimientos con la relacion de un suceso fantástico ó la de un impío asesinato. Triste, muy triste es el camino de Jaen á Baeza; pero no bien se acerca el artista á esta ciudad, cuando olvida sus recelos y siente embargada su atencion por objetos que hablan en alta voz de siglos que ya pasaron, de generaciones que ha hundido ya la mano de la eternidad en el abismo sin fondo de lo pasado.

Está sentada Baeza en lo alto de una loma, y apenas se la divisa, cuando las ruinas de su alcázar hacen desde luego concebir que no es una ciudad sin recuerdos ni un pueblo cuya cuna se haya mecido, como la de otros tantos de Andalucía, entre los claros resplandores del renacimiento. Al llegar al pié de sus muros vése ya el sello de la edad media en los arcos ojivales de sus puertas, en sus torres coronadas de soberbias barbacanas, en los restos gigantescos de una de sus capillas levantada frente el alcázar como rival de la grandeza que tuvo este cuando la ocuparon los temidos caballeros de la corte de S. Fernando. Éntrase en la ciudad; y á lo largo de calles silenciosas, en cuyos arroyos llega á crecer la yerba, asoman á derecha é izquierda antiguos palacios, sobre cuyos arrogantes arcos de sillería se abren anchas ventanas ya cimbradas, ya ojivales; descúbrense tal vez á la vuelta de una encrucijada portadas góticas cubiertas de follage y crestería; y no es raro divisar en el fondo de una plaza ó en el oscuro ángulo de una calle alguna fachada bizantina, llena aun de la sencilla y tosca gravedad que caracterizó la arquitectura durante el movimiento general de las cruzadas. Hasta en los puntos que parecen haber invadido mas la civilizacion y el gusto moderno, pórticos severos, ca-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

sas humildes, torres que levantan al cielo sus sombrios almenages y restos ya informes, pero significativos para el que sabe leer en lo pasado, dan al conjunto de los cuadros que se van presentando á la vista cierto aire de antigüedad que en vano pretenden borrar los aun tiernos árboles que cubren sus plazas, las fuentes modernas que arrojan sus aguas cristalinas entre los verdes ramages de sus álamos y sus cinamomos, y los reducidos pero alegres caserios que han levantado nuestros arquitectos. Todo, casi todo respira antigüedad en Baeza: vése aun en ella la ciudad feudal, la ciudad aristocrática, la ciudad religiosa de los siglos XIII y XIV; y es facil todavía ver pasar unas tras otras ante los ojos de la imaginacion las sombras de los reyes que la conquistaron, las de los guerreros que la poblaron y defendieron, las de los mártires que levantaron su elocuente voz ya entre las medio desmoronadas leyes del paganismo, ya entre la tea y la espada de bandos fratricidas que mancharon un dia el suelo de la ciudad con escombros ahumados y sangre de nobles víctimas.

Asi se siente en esta ciudad cierta tristeza y melancolía á pesar de su situacion bella y risueña. Está Baeza hermosamente sentada en la cumbre de una loma que ciñen á larga distancia cerros tan alegres como pintorescos; tiene á sus piés un valle delicioso pintado de mil colores y cortado por floridos oteros que aumentan el agradable juego de su claro-oscuro; y allá en el fondo de la llanura vé brillar y serpentear el Guadalquivir bajo la sombra de árboles y flores. Cobijada por un cielo puro y transparente, como no llega á concebir la fantasía, está inundada de bellas tintas que llenan de una dulce animacion sus monumentos; cuenta ya calles espaciosas, plazas pobladas de alamedas y paseos donde el murmullo de las fuentes acompaña el lento susurro de la brisa entre los árboles; presenta aun vida en su mercado y en su vasto ejido, ocupado hoy por activos labradores y ayer por un pueblo numeroso que acudia á recoger la palabra divina de los labios de un sacerdote ilustre cuyo nombre está vinculado en una cruz de piedra; y es sin embargo triste, dulcemente triste para el viajero, que, ya siente encogérsele el corazon, ya dilatársele en un limpio cielo de tiernos sentimientos, ya cubrírsele de duelo y de amargura. Refléjase aun en la ciudad una época en que, si habia por una parte rudeza de costumbres, existia por otra cierta inocencia que hemos ya perdido, y si barbarie, una fé vivificadora cuyas hojas han cai-

R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

do una á una marchitas sobre el árido suelo que pisamos; y es ciertamente para el hombre conocedor bien penoso este contraste. Habia en Baeza en los tiempos á que nos referimos al lado de la tiranía aristocrática un caballerismo que ya no existe, y un honor cuya falta debemos encubrir con el fingido velo de la hipocresía; y este caballerismo y este honor, que movieron á tan altas empresas la espada de antiguos héroes, no podemos menos de recordar con dolor que solo han dejado tras sí la bajeza y el egoismo. Recuérdanos, por fin, esta ciudad siglos en que creció y floreció bajo la influencia de los rayos que despidió sobre ella la corona de sus buenos príncipes y bajo la sombra de fueros otorgados por la piadosa mano de un rey santo; y ¿cómo no han de afligir estas memorias á hombres ante cuyos ojos solo se levantan las fantasmas de un porvenir lleno tal vez de peligros y de horrores?

Descúbrese por otra parte en Baeza una decadencia rápida. Sus calles estan solitarias y en silencio, muchos de sus palacios huérfanos de su antigua aristocrácia, las portadas de algunos de sus templos cubiertas de musgo, el suelo de sus santuarios erizado de zarzas y de escombros, privada la ciudad entera del rumor de sus talleres..... y la vista de tanta soledad y abatimiento sumerge tambien en tristes ideas al que siente aun palpitar su corazon cuando considera cómo el dedo de Dios va hundiendo en la nada ciudades que recibian ayer el homenage de otros pueblos.

Baeza fué un dia una ciudad romana (1), que aunque ofuscada durante el imperio por el esplendor de Cástulo, apenas sucumbió esta á las armas de los bárbaros, creció en riqueza y poblacion á la sombra de los primeros altares de la Iglesia. Llena de la grandeza de su rival, logró ya en tiempo de Wamba honrar con la silla episcopal su recinto manchado con la sangre de cien mártires; y capitulando á poco con los árabes, no solo sostuvo intactas sus creencias y su fortuna al través de invasiones y guerras religiosas, sino que, erigida en residencia de walíes y aun en morada de reyes, vió humillada á sus piés la

(1) Fué llamada Viatia, Biatia ó Beatia segun cabe inferir de los textos de Livio y Ptolomeo y de una inscripcion que publicó Loaisa:

Q. VALERIO. POSTUMO. BEATIANO.
Q. VALERII. CASTULI. F. QUI VIXIT.
ANN. XXXII. ANTONIA. AUR. EX.
TESTAM. B. M. P.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife